



El dolor y los dilemas éticos de Anita en *Pistoleros* de Paula Castiglioni

Anita's Pain and Ethical Dilemmas in *Pistoleros* by Paula Castiglioni

Melina Armenta Salazar*

Recibido: 31/08/2021 | Aceptado: 26/09/2021

Resumen

Entendida como una actitud de no indiferencia ante situaciones exteriores y sus efectos en el interior de cada ser humano en términos de dolor, la condición moral induce a la evaluación reflexiva del entorno en pos de vislumbrar las posibilidades para alcanzar una vida más digna y actuar en consecuencia. El eje central de este trabajo consiste precisamente en explorar el proceso moral de Anita, así como los diversos mecanismos de salvación (sobre todo, a nivel subjetivo) que pone en práctica para salir del marco de violencia en donde se encuentra atrapada desde su infancia. Se observará que dicho proceso está íntimamente relacionado con la intensificación de los sucesos que atentan contra la integridad física y mental de la protagonista, en tanto su pareja pretende hacer de ella un objeto subordinado a una fuerza externa a perpetuidad en vez de reconocerla como sujeto dotado de voluntad para pensar, elegir y actuar autónomamente. Ante tal encrucijada, Anita apelará, en los linderos de la muerte, a una suerte de ética de la herida, es decir, a un ejercicio de reinención de sí misma a partir de la experiencia del dolor volcado hacia el amor propio, en busca de salvación.

Palabras clave: narcoliteratura, mujeres, violencia, dolor, ética.

Abstract

Understood as an attitude of non-indifference to external situations and their effects within each human being in terms of pain, the moral condition induces the reflective assessment of the environment in order to glimpse the possibilities for achieving a more dignified life and acting accordingly. The central axis of this work is precisely to explore Anita's moral process, as well as the various mechanisms of salvation (especially at the subjective level) that she puts into practice to get out of the violent background in which she has been trapped since her childhood. It will be noted that this process is closely linked to the intensification of events that threaten the physical and mental integrity of the protagonist, since her partner seeks to make her an object

*México. Universidad Nacional Autónoma de México. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas. Alumna de la Maestría en Letras Latinoamericanas. Ayudante de profesor en Teoría de la literatura y Literatura iberoamericana. Facultad de Filosofía y Letras. Ayudante académico-administrativo en Coordinación de Letras Hispánicas. melinaarmentasalazar@gmail.com

subordinated to an external force in perpetuity rather than to recognize her as a subject endowed with the will to think, choose and act autonomously. At this crossroads, Anita will appeal, on the edge of death, to a sort of ethic of the wound, that is, to an exercise in reinventing herself from the experience of pain turned towards self-love, in search of salvation.

Keywords: narco-literature, women, violence, pain, ethics.

Herido de realidad y en busca de realidad

Paul Celan

*¡Dime cuál es tu relación con
el dolor y te diré
quién eres!*

Ernst Jünger

El punto de partida

Una pregunta de orden existencial atraviesa la novela *Pistoleros*: ¿qué posibilidades tiene Anita de ser feliz en su vida cotidiana, sumida en un índice elevado de violencia? Desde su infancia, este personaje se encuentra expuesto al dolor físico y mental debido a su contacto prematuro con el mundo del narcotráfico,¹ en el cual desempeña un papel de víctima la mayor parte del tiempo. Si, como deja ver Ernst Jünger, la existencia humana implica vivir permanentemente expuesto al dolor en sus múltiples variantes, mientras que la felicidad depende de la superación y reinención de ese dolor (Cr. Jünger, 1995, pp. 18-20); en el caso de Anita, la experiencia de este padecimiento se vincula en buena medida con la desvalorización de su subjetividad, al ser percibida primero como objeto de placer (en el prostíbulo) y luego como objeto de decoración (en su relación con Jano), degradando su condición de sujeto a cosa, cuya única aspiración debe ser la de servir para no caer en el reemplazo y en el desecho. Ante tal amenaza de su dignidad humana, la dimensión ética de la protagonista operará a lo largo de la novela como proceso de reinención de sí misma en un acto de amor propio: voluntad de querer y quererse para crecer. Dicho con otras palabras, el incremento de la violencia y del dolor impulsará a Anita a desarrollar una postura moral ante su situación, en aras de reivindicarse como sujeto autónomo capaz de decidir lo que quiere ser y actuar en consecuencia en vez de asumir lo que otros le imponen. Así, a lo largo de la historia narrada se observa el progreso de la protagonista a nivel personal, sobre todo en su etapa adulta, donde transita de la «ceguera moral» (Bauman, 2015a, p. 24) —la aceptación del carácter violento de su pareja a cambio del beneficio económico— hacia la búsqueda de alternativas para salir de esa forma de vida.

¹ Recordemos que el burdel donde trabaja de manera forzada cuando niña lo maneja el mismo capo que posteriormente será su pareja.

El clímax de la transformación de Anita se detonará principalmente por la inminencia de su muerte en manos de Jano, haciendo que a las preguntas por excelencia de la ética (¿quién soy?, ¿quién quiero ser?) se les sume una muy particular (¿cómo quiero morir?). «Jano la va a matar tarde o temprano. Si lo hace cuando ella intente recuperar su libertad, al menos tendrá una muerte digna» (Castiglioni, 2020, p. 223), dice el narrador. De manera que en la posibilidad de generar las condiciones para una muerte heroica (como sujeto y no como objeto) se halla el camino para recuperar el control sobre sí misma y aspirar a una vida en libertad.

La trampa de oro: economía informal como alternativa de supervivencia

De acuerdo con la perspectiva de este análisis, el estado de sitio² de la protagonista se edifica desde dos planos: social y personal o exterior e interior. Al principio de la novela, Anita participa del mundo como víctima despojada de su voluntad y su derecho a elegir. Su ingreso forzado a la prostitución pone de manifiesto una problemática sociopolítica de fondo: la ineficacia del Estado y sus instituciones para proteger a todos los ciudadanos y para avalar un desarrollo pleno e íntegro. Si el proyecto moderno pretendía que el estatus de ciudadano constituyera un sello de garantía extensivo para cada persona, en la práctica, sobre todo en zonas periféricas como los países de América Latina, se reveló una figura estatal endeble que hace del progreso un privilegio para unos cuantos a costa de la marginación de otros. En sus reflexiones sobre los diversos fracasos de la modernidad, Zigmunt Bauman advierte que «la producción de residuos humanos... es una consecuencia inevitable de la modernización» (Bauman, 2015b, p. 16). Con la expresión «residuos humanos» Bauman alude a los grupos excluidos, aquellos que el Estado olvida y deja a su suerte.

Al vivir en una tapera, Anita pertenece a ese sector marginal, generalmente ubicado en las periferias de las ciudades. Si estos espacios se consideran tierra de nadie o sin ley se debe precisamente al abandono del Estado; quienes quedan atrapados en ellos no cuentan con protección alguna ni con un proyecto prometedor a futuro, por lo cual se convierten en blanco fácil de ser cooptados por el crimen organizado. En relación con este hecho, la novela muestra el impacto que tienen las condiciones sociales sobre la subjetividad, esto es, sobre la toma de decisiones del individuo que busca sobrevivir a cualquier costo, así sea a cambio de su dignidad. En la novela se afirma que:

Los narcos y sus cómplices necesitan que a ese puñado de gente le falte dignidad. No es que hayan nacido así: la sociedad misma los fue despojando de ella. Cuando van a buscar laburo, los rechazan porque viven en una villa. Ven en la tele casas divinas, con calefacción y agua potable y ellos duermen en un rancho. Si se están muriendo, las ambulancias se niegan a entrar al barrio. Aunque tengan sueños de progreso, deben dejar la escuela para trabajar (Castiglioni, p. 237).

² Me refiero a la circunstancia que limita sus posibilidades de una vida plena.

Se entiende entonces que la historia de Anita dentro de la Industria del narcotráfico proyecta simbólicamente una problemática mayor y real, el de «...una sociedad en decadencia, lacerada y atrapada en una espiral de destrucción»³ (Fuentes, 2019, p. 26), donde los sectores marginados experimentan mayor vulnerabilidad, dada su necesidad económica.

De acuerdo con Sayak Valencia, el último nivel del sistema del narcotráfico se alimenta de «la situación del desempleo crónico y la ausencia de proyectos de desarrollo social de los gobiernos neoliberales»⁴ (Valencia, 2016, p. 112). Esta afirmación permite observar que la producción de «residuos humanos» a manos del narcotráfico comenzó a intensificarse con el tránsito de las sociedades modernas hacia una lógica cultural dominada por la hegemonía del Mercado sobre el Estado. En un contexto regido por el hiperconsumo, donde la figura del ciudadano cede ante la del consumidor, tener dinero otorga el derecho de formar parte y participar del mundo; mientras que carecer de él implica una suerte de expulsión en calidad de desecho. Así las cosas, el universo de la droga y sus diversas ramificaciones —ser sicario o buchona, por ejemplo— representará una vía de inclusión en el sistema de la mercancía para aquellas personas cuyas oportunidades laborales son escasas o de bajos ingresos.

Anita presume frente a Dante que nació en una tapera, pero logró reinventarse (Cr. Castiglioni, p. 91); sin embargo, su acceso a la estabilidad económica por la vía ilegal le cuesta padecer continuamente de violencia física y psicológica. Parecería que los individuos pertenecientes a zonas marginadas solo pueden incluirse en el mundo global en calidad de víctimas, pues deben intercambiar su dignidad humana por bienes materiales, bienes a los que no tendrían acceso tan fácilmente por la vía legal. Así las cosas, en el capitalismo tardío o salvaje, donde «todo vale para salir de pobre» (Rincón, 2009, p. 148), el peldaño más bajo del crimen organizado lo ocupan las víctimas del sistema social que buscan sobrevivir; no obstante, dentro de este otro sistema (el de la economía informal) también serán receptáculos de algún tipo de violencia, pues formarán parte de él como objetos manipulables (para realizar todo tipo de trabajos) y sacrificables (a su muerte simplemente son reemplazados). Dicho de otro modo, los individuos socialmente más vulnerables solo transitan de un estado de sitio a otro.

Involuntariamente, Anita se mueve de un sitio a otro en su niñez. Víctima de la marginación social, se infiere que la familia de la protagonista pasa por una crisis económica, razón por la cual su madre decide venderla para ganar dinero, disfrazando su decisión de ingenuidad para liberar su conciencia de culpa. La comercialización de los cuerpos es síntoma de un malestar cultural donde los umbrales de empatía o la compasión ante el dolor ajeno son cada vez más bajos. Si en la modernidad clásica funcionaban los códigos de empatía y solidaridad, en la posmodernidad la relación con el otro se encuentra

³ En sus reflexiones sobre las historias de Rosario Tijeras y Catalina Santana, Felipe Fuentes concluye que existe el principio de proyectar simbólicamente lo que sucede en la realidad a nivel social y político. Principio que creo que también sigue la novela de Castiglioni.

⁴ Cabe agregar que no sólo en el caso de gobiernos de inspiración neoliberal, pues se da también una creciente cooptación de jóvenes para el tráfico de drogas bajo gobiernos ajenos a la lógica capitalista, incluso por fuerzas guerrilleras, como en Colombia, y aun en países como Rusia y sus aliados en el bloque socialista después de la caída de la unión soviética a finales de los ochenta.

atravesada en buena medida por un sentido de competencia, de utilidad y de interés, es decir, por un proceso de destrucción o cosificación en beneficio propio. Gilles Lipovetsky concibe que en este contexto la personalidad predominante se articula por una «moral indolora» (Lipovetsky, 2003, p. 43), la cual atiende exclusivamente a los deseos personales entreverados con la cultura del capital. Dicho esto, la madre de Anita refleja una existencia humana despojada de vínculos afectivos incluso respecto de su propia sangre, en pos de un instinto primario de conservación en el imperio de la mercancía.

La «moral indolora» se observa desde distintos ángulos en el modo de proceder del prostíbulo. Desde los altos mandos del lugar, los proxenetas solo ven en las mujeres un producto con el cual comercializar en beneficio propio. Si la mercancía se daña a causa de golpes disciplinarios inducidos por la negativa de las mujeres a hacer lo que se les manda, pues «En el reino de la Pala Testa solo los machos tienen voluntad» (Castiglioni, p. 18), basta con un periodo de recuperación física para ponerla de nuevo en circulación. Por su parte, los clientes del prostíbulo no experimentan ningún sentimiento de culpa ante las chicas que usan como objetos de placer; al contrario, la posesión del cuerpo femenino funciona como medio de constatación de su masculinidad frente a otros hombres, pues su identidad genérica se construye por medio de prácticas dictaminadas por el poder hegemónico (Cr Jiménez, 2014, pp. 103-104). Más sorprendente resulta que las mujeres del servicio médico clandestino (la ginecóloga y la anesthesióloga, por ejemplo) no sean capaces de desarrollar lazos solidarios con sus pacientes violentadas, limitándose a curar por encargo, cobrar su paga y mirar hacia otro lado. Seguir órdenes sin cuestionamiento es la manifestación por excelencia de «la banalidad del mal» (Arendt, 2003, pp. 37-58). De ahí que Anita reflexione que el lesbianismo no sería una solución confiable para ponerse a salvo, pues bien podría encontrarse con una pareja femenina tan indiferente como las del servicio médico. En estas mujeres ficcionales se expone también cómo la apatía ante el dolor ajeno constituye una forma sutil de violencia. Con respecto a las víctimas del prostíbulo, la protagonista advierte una postura pasiva ante su condición de prisioneras. La voz narrativa las define como un «...séquito de bellas durmientes que abrían las piernas con resignación» (Castiglioni, p. 20). La comparación de las compañeras de trabajo de Anita con la bella durmiente tiene como trasfondo un estado de somnolencia de la voluntad que les impide concebir rutas alternas (posibilidades). En sus reflexiones sobre la condición de la mujer en espacios dominados por hombres, Rita Segato afirma que «No hay derrota del vencido sin que en ella participe su destrucción moral» (Segato, 2016, p. 108). Si se entiende la moral como una postura de no indiferencia, se puede decir que las chicas del prostíbulo no solo se encuentran sitiadas físicamente, sino también a nivel subjetivo, en tanto caen en una «ceguera moral» ante sí mismas, ante su propia situación. Por consiguiente, la única posibilidad de salvación radica en el reducto de la empatía representado en Dante y sus compañeros policías.

Los dilemas éticos de Anita

Devuelta al sitio social, Anita, aunque goza de libertad, tampoco se siente feliz. Trabajar en la peluquería no le retribuye monetariamente como quisiera. Resulta evidente que sus aspiraciones existenciales se limitan a la adquisición material, propia de una dominante cultural donde los objetos y el dinero ocupan el papel protagónico. Jano, en su

faceta falsa de empresario, representa la puerta de acceso a la vida de lujos que ella desea. En sus conversaciones clandestinas con Dante, Anita le dice:

Quando cumplí la mayoría de edad, el Estado me dejó tirada. Vivía en una pensión llena de cucarachas y dejaba de comer para darme algunos gustos. Aunque te suene estúpido, Jano es lo mejor que me pudo pasar (Castiglioni, p. 212).

El vínculo amoroso entre Anita y Jano queda entonces entre signos de interrogación desde el principio, pues hay de por medio un sentido de utilidad mutua. Mientras Jano ve en ella una propiedad como cualquier objeto en su mansión, como deja ver en la expresión «Nadie te va a hacer nada que yo no quiera» (Castiglioni, p. 227), Anita ve en él la salida de su condición económica precaria. Su relación se rige entonces por vínculos utilitarios donde el otro solo sirve para obtener intereses personales, generando así un proceso de cosificación de los demás, en tanto se les trata como instrumento para alcanzar un fin individual.

En su relación con Jano, Anita se enfrenta a una serie de dilemas éticos. El primero se suscita cuando se entera de la verdadera ocupación de su pareja. ¿Denunciar o no denunciar? El umbral empático de Anita hacia las víctimas de Jano se muestra prácticamente anulado por sus intereses individuales. Su mecanismo de defensa a nivel subjetivo consiste en la evasión de la complicidad, pues «Ella no nació para prestar atención a verdades incómodas. Aprendió a escapar para sobrevivir, sobre todo con la mente» (Castiglioni, 179). De modo paradójico, Anita desarrolla la «moral indolora» de la que fue víctima en su casa y en el prostíbulo. Al gastar lo que Jano obtiene de la venta de droga, poco le importa la procedencia del dinero, al fin que ella no se ensucia las manos para conseguirlo. Con tal deslinde, Anita carga el peso de esa responsabilidad a Jano para poder vivir consigo misma sin un grado de culpa o remordimiento. Así, en el sitio edificado por la violencia extrema, estar del lado “correcto” del gatillo se asume como un pequeño triunfo de la vida (individual) a costa de la muerte (de otros).

El segundo dilema ético se detona por el lado monstruoso de Jano, puesta de manifiesto inicialmente en una violencia psicológica sobre Anita por ser mujer. Jano no ve en ella a una persona, a un igual, sino a un objeto decorativo, un trofeo personal a su disposición. Anita «No es la señora de la Barbie. Es su juguete. Él puede usarla, prestarla o romperla. Total, es un objeto. Y los objetos son reemplazables» (Castiglioni, p. 234). Siendo esto así, sus encuentros sexuales funcionan más como un acto de constatación de dominio sobre una propiedad que como acto de amor. Al terminar, Jano pierde todo interés en ella, mientras Anita siempre se queda esperando más de él. Si ella en algún momento se hace consciente de su condición de objeto de utilería, de su condición que la hace reemplazable, se debe precisamente a que no hay un verdadero vínculo afectivo entre ellos. Lo que tienen Jano puede conseguirlo con otra mujer. La vigencia de su relación está condicionada al acatamiento ciego de órdenes y a la durabilidad del cuerpo de Anita en óptimas condiciones, es decir, con base en los estereotipos de belleza impuestos por una sociedad patriarcal. ¿Qué diferencia hay entonces entre la mirada de los clientes del prostíbulo y la de Jano sobre Anita? Parece ser que ninguna, por lo cual se puede decir que ella en realidad no salió del estado de sitio con el que inicia la novela. En la trampa edificada por el narcotráfico, la condición de mujer se muestra, en la mayoría de los casos, como una condena permanente.

En busca de una salida o la recuperación de la voluntad moral del sujeto

¿Cómo sobrevivir ante la amenaza sobre su vida y su dignidad humana? ¿Qué hacer con el dolor provocado por la cosificación y el riesgo de desecho? En la búsqueda de respuestas yace la acción moral del personaje. Anita ensaya varios mecanismos para lidiar con su situación. En primera instancia, busca en los bienes materiales una forma de llenar sus carencias de orden espiritual (no ser realmente feliz porque vive con miedo). Como una suerte de Emma Bovary, Anita va de compras seguido, pues vaciar las tarjetas de Jano le proporciona un sentido momentáneo a la vida insignificante que lleva. Tener dinero aparenta una justificación para permanecer con él, a pesar de sus arrebatos violentos; sin embargo, al igual que sucede con el personaje de Flaubert, el de Castiglioni experimenta infelicidad de todos modos. Las cosas no tienen la fuerza para sanarla interiormente, pues solo funcionan como un velo que cubre la putrefacción de su relación con Jano. Dante le hace saber que su relación la «...carcome como un cáncer... [pues] la violencia es violencia, no se tapa con joyas, zapatos y viajes»⁵ (Castiglioni, p. 68). Es evidente que Anita, en su intento por subsanar las heridas ocasionadas por sus carencias económicas precedentes, se olvida de sanar sus laceraciones espirituales, las cuales no desaparecen con una tarjeta de crédito.

En segunda instancia, luego de ya no saber qué más comprar, Anita apela a la imaginación volcada en sus pinturas, las cuales define como «vómitos de dolor» (Castiglioni, p. 114). Hay dos momentos en la relación de Anita con el arte, a partir de los cuales se esboza un proceso de transformación mental que abrirá eventualmente la posibilidad de una salida física del confinamiento. Los primeros cuadros de Anita son realizados en función de los cuentos de hadas: unicornios, castillos y arcoíris constituyen los contenidos predilectos para evadir su realidad. Estas pinturas dejan ver la esperanza infantil de la llegada del príncipe azul y el rescate de la princesa atrapada en la torre, el final feliz de todo cuento de hadas. Empero, la experiencia vital de la protagonista, difícil desde temprana edad, le hace comprender rápidamente que la realidad no suele coincidir con esas expectativas por arte de magia. En consecuencia, si bien Anita «A veces sueña que los cuentos de hadas existen y que un príncipe la viene a rescatar... cuando despierta se siente una idiota» (Castiglioni, p. 18), pues la burbuja de la fantasía se rompe cuando en los hechos sus condiciones de vida distan mucho de las de una princesa.

Más adelante, Anita sigue en la torre (en el contexto donde manda Jano), pero su ejercicio artístico presenta matices importantes, derivados de una mirada menos inocente que le permite tomar conciencia de su situación. El final feliz no llegará sin esfuerzo, sin una voluntad para reinventar el dolor en un nuevo estilo de vida. Si en verdad quiere salvarse, depende de ella misma crear las condiciones de posibilidad para lograrlo. Anita repara en esto cuando se enfrenta al lienzo en blanco y se da cuenta de que su vida cotidiana, en la medida que normaliza su situación de prisionera, le ha arrebatado su capacidad imaginativa para concebir mundos alternos (Cr. Castiglioni, pp. 81-82). En el centro de la creación artística anida el sujeto sensible capaz de generar sentido por cuenta propia; advertir esa carencia constituye para Anita un paso importante hacia la recuperación de sí misma,

⁵ El corchete es mío.

pues la figura de Jano pasa de la idealización a su dimensión real. De ahí que los cuentos de hadas ahora sean percibidos por la protagonista desde otro ángulo, uno menos agradable pero más cercano al realismo:

Ella siempre soñó con una gran historia de amor. Pero al parecer, todo tiene su lado B. Seguro que Cenicienta y el príncipe se aburririeron de su idilio de rosas rococó rosadas. Ya se imagina una escena de su vida conyugal. “Vamos, perra, quiero todo brillando”, le grita tirado en el sofá, mientras la otra limpia el piso en cuatro patas (Castiglioni, p. 93).

Tanto para Cenicienta como para Anita el peso de su vida cotidiana fractura la fantasía orientada a la negación de la existencia en términos de exposición al dolor. La invención de paraísos o vidas idílicas donde la felicidad se mantiene intacta constituye un intento de evadir los momentos difíciles, aquellos donde se pone en juego la capacidad para reinventarse a sí mismo al enfrentar el dolor y transformarlo en una fuente de posibilidades. Conforme a esto, la conducta moral de Anita se observa en el empleo de la imaginación no como un mero mecanismo de fuga mental, sino como un ejercicio de honestidad consigo misma. Saberse infeliz da lugar a la toma de conciencia de su situación real y a la aspiración de una forma de vida alterna a la que lleva.

De la conducta moral como amor propio

Si, como afirma Borges, «Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es» (Borges, 2015, p. 69), ese instante en la vida de Anita radica en un suceso traumático. Cuando Jano propicia que su empleado la viole, se despierta en ella una dimensión moral sobre su muerte. En escenas anteriores se expresa que «Sería una tarea demasiado fácil hacerla desaparecer. Nadie notaría su ausencia, está sola en el mundo. Jano tiene un poder total sobre ella, es dueño de su vida y de su muerte» (Castiglioni, 2020, p. 179). Sin embargo, después de que Jano la entrega a otro hombre se observa que, si bien el espiral de violencia del narcotráfico no cesará porque es sistemático y la rebasa en fuerza, tomar su muerte en sus propias manos representa una vía para rescatar una parte de ella. Detrás de esa actitud moral se encuentra la pregunta: ¿cómo quiero morir? Y en la palabra *quiero* radica la reivindicación de Anita como sujeto dotado de voluntad de acción.

Como deja ver Kant, el valor del acto moral se expresa en términos de dignidad humana (Cf. Kant, p. 145). En este sentido, Anita se debate entre una muerte indigna en manos de Jano (de una voluntad ajena a la suya) y una muerte con la que recobre un reducto de su dignidad, al ser ella quien decida las condiciones. Independientemente de que a la caída de Jano lo sustituya alguien más y la violencia continúe, pues los «...capos también devienen en subjetividades precarias que surgen de la nada y son susceptibles de desaparecer en cualquier momento, al ser intercambiables por nuevos jefes» (Santos; Vásquez; Urgelles, 2016, pp. 11-12), colaborar con Dante para desbaratar el cártel de su novio representa la posibilidad de recuperarse a sí misma en un acto de consideración personal. En palabras de Fernando Savater, «La ética es una toma de postura voluntaria,

fruto reflexivo y estilizado del amor propio...» (Savater, 2008, p. 298). Así, con la decisión de delatar a Jano con la policía, por primera vez en su relación con él, Anita coloca su existencia más allá de la supervivencia inmediata bajo la protección de alguien más. Sobrevivir a costa de su dignidad humana fue el móvil con el cual rigió su vida durante algunos años, pues «Ella no era nadie, vivía en la miseria y él la salvó de seguir limpiando la mierda de otro» (Castiglioni, p. 169). Empero, ante la cercanía de la muerte en aquella escena traumática, la protagonista adquiere un conocimiento importante: sobrevivir no es sinónimo de vivir. Con este aprendizaje Anita toma distancia de un destino similar al de su madre, quien nunca logró salir de su circunstancia dolorosa ni siquiera para salvar a su hija. Por tal motivo, cuando la protagonista toma la decisión de rebelarse ante Jano quiebra con el fantasma de su pasado, aquel que la condenaba a repetir la pasividad de su madre. Hacia el final de la novela se deja clara la distinción entre ellas:

Vera no es Anita. Anita no es Vera. Vera miraba sumisa desde un rincón cuando Manuel la molía a cintazos. Si abría la boca, la paliza era para las dos. El típico análisis de costo-beneficio. Su madre no era más que un animalito que buscaba sobrevivir (Castiglioni, p. 313).

Pese a iniciar como víctima despojada de su capacidad de acción o de búsqueda de otra vida, Anita experimenta un proceso de crecimiento interior, el cual la lleva a entender que la predeterminación se trata de una barrera ilusoria incrustada en la subjetividad, arrancarla depende de una cuestión de actitud, de una dimensión moral. Anita no es su madre porque no se resigna a asumir la imagen de objeto manipulable que Jano crea de ella. Hay, por el contrario, un empeño por encontrar en su padecimiento amoroso el potencial para reivindicarse como sujeto, como la imagen de sí misma que ella es capaz de generar.

Conforme a lo anterior, se puede observar cómo la transformación de la protagonista se lleva a cabo por un cúmulo de aprendizajes donde interviene un ejercicio moral. En primer lugar, Anita comprende que huir mentalmente de su situación o cubrir con fantasía su entorno no la conduce hacia la felicidad, sino al autoengaño y la infelicidad. En segundo, Anita aprende que negar el dolor suscitado por el contraste entre sus anhelos y la realidad impide un proceso de sanación y revitalización de sí misma. Aceptar su muerte y reinventarla bajo sus propios términos equivale a abrazar el dolor para transformarlo y transformarse. En tercer lugar, se da cuenta de que el amor (o las relaciones afectivas) no es eso que conoce y normalizó, pues este sentimiento no pasa ni por la humillación del otro para el engrandecimiento personal ni por la instrumentalización de las personas para lograr intereses personales. Si Anita concebía que Jano la amaba y lo expresaba con sus arrebatos violentos seguidos de regalos materiales, se debe a que desde pequeña (relación madre-padastro, madre-hija, padastro-hijastra) solo conoció esa faceta degradada de los vínculos afectivos.⁶ Razón por la cual recurrentemente describe a Dante con adjetivos como «androide» y «extraterrestre», conceptos relacionados con seres no humanos, pues

⁶ En sus estudios sobre las interacciones humanas, Zigmunt Bauman habla de la fragilidad de los lazos afectivos como un elemento constitutivo de la modernidad líquida, ya que, en una cultura donde predomina la fugacidad e intrascendencia, la mayoría de los individuos no están dispuestos a cargar con la responsabilidad que representa una relación con el otro a largo plazo.

hasta ese momento no tiene referencias masculinas (ni femeninas, a excepción, quizá, de su amiga asesinada) que se preocupen verdaderamente por ella y la traten bien. Es decir, la violencia (en cualquiera de sus expresiones) se perpetúa en la vida cotidiana, pues en la reiteración de los actos las conductas que no son normales se normalizan. Romper con ellas requiere entonces de un arduo trabajo de amor propio. La presencia de Dante cobra un valor simbólico en este terreno, el del viaje hacia los infiernos interiores en busca de sí mismo para generar una vida dentro del infierno exterior. «Vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza», tal es la inscripción de las puertas del inframundo en *La divina comedia*, de Dante Alighieri. El *abandonad* implica una pérdida de la voluntad, una suerte de derrota o resignación ante las circunstancias. En cambio, Anita hace el viaje en sentido inverso, pues, luego de hacerse consciente del riesgo que corre su vida, se abre para ella un horizonte de posibilidades.

Conclusión

Como se pudo observar en el desarrollo de este trabajo, la atmósfera de Anita se caracteriza por una postura amoral ante el dolor ajeno y propio, dado que las condiciones precarias de vida en esas zonas marginadas obligan a los personajes a buscar medidas extremas para sobrevivir, así sea por medio de actos ilícitos que atentan contra su dignidad y la de los demás. Las mujeres del prostíbulo y los empleados de Jano asumen la amoralidad como una exigencia necesaria para sobrellevar su vida cotidiana, de modo que el cuestionamiento de la violencia física y mental (ejercida o recibida) no se concibe, al contrario, se normaliza. En este sentido, la peculiaridad de la protagonista respecto de esos personajes radica en la rebeldía ante la disminución —prácticamente pérdida— de los umbrales de sensibilidad, esa vía de contacto con el sufrimiento propio y el de los otros. Anita logra revertir para sí la condición amoral predominante en su medio, a partir de su aspiración a rescatar su dignidad humana. La salvación final de este personaje parece vislumbrar una esperanza puesta en la voluntad de poder y querer ser, herramienta fundamental para transformar una circunstancia dolorosa en un aprendizaje de vida.

En suma, la importancia de la construcción ética del personaje en estudio radicaría en la vía alterna que propone respecto de los otros personajes femeninos a su alrededor, resignados a formar parte del mundo del narcotráfico como receptáculos de mentiras y engaños, o como mercancías u objetos de placer y decoración. A diferencia de su madre (manipulada por su pareja para vender a su propia hija), su amiga Karim (asesinada brutalmente por seguir en contacto con capos) y su conocida Samanta (acostumbrada a que otros le digan qué hacer), Anita se muestra inconforme ante el determinismo de fungir un papel de víctima en cualquiera de sus variantes. Si bien inició su relación con Jano al creer en la mentira de su supuesto trabajo de empresario, eventualmente actúa en pos de liberarse de ese vínculo, pues ya no está dispuesta a seguir viviendo en el mismo espacio violento al que fue sometida desde su infancia. En sí misma la toma de conciencia de su situación constituye un despertar de la voluntad para elegir quién quiere ser de ahí en adelante, lo cual supone una ruptura con la pasividad (el acatamiento de órdenes sin cuestionamiento) que hasta entonces se había visto obligada a asimilar como su único modo de existencia. El proceso de recuperar el control sobre su vida, cuyo clímax se manifiesta en su empeño por morir con dignidad, genera un distanciamiento respecto

de la experiencia del dolor como destino insuperable para las víctimas del narcotráfico, como sucede con los otros personajes femeninos. El caso de Anita vislumbra entonces un horizonte de esperanza fundamentado en la restauración del sujeto crítico y moral, en tanto es por medio de esta facultad que se puede poner en duda la estructura del entorno en vez de normalizar las conductas dañinas para el desarrollo pleno de todos.

Bibliografía

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. (C. Ribalta, Trad; 4a ed.). Lumen.
- Bauman, Z. (2015a). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. (A. Rodríguez, Trad; 1a ed.). Paidós.
- (2015b). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. (P. Hermida, Trad; 4a ed.). Paidós.
- Borges, J.L. (2015). Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874). En *El Aleph* (pp. 63-70). Debolsillo.
- Castiglioni, P. (2020). *Pistoleros*. Publicaciones UAEM.
- Dante, Alighieri. (1922). *La divina comedia*. (B. Mitre, Trad). Centro cultural Latium.
- Fuentes, F. O. (2019). Cuerpo, carne y violencia revolucionaria. En *Apuntes para una poética de la narcoliteratura* (pp. 21-31). Universidad de Guanajuato.
- Jiménez, E. I. (2014). Mujeres, narco y violencia: resultados de una guerra fallida. *Región y sociedad*, no. 26, pp. 101-128. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-39252014000600005&lng=es&nrm=iso
- Jünger, E. (1995). *Sobre el dolor*. (A. Sánchez, Trad; 1a ed.). Tusquets.
- Kant, Immanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. (R. Rodríguez, Trad y Ed; 1ª ed.) Alianza.
- Lipovetsky, G. (2003). Muerte de la moral o resurrección de los valores: ¿Qué ética aplica en nuestros días? En *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa* (pp. 33-57). Anagrama.
- Lukác, G. (1970). La forma interior de la novela. En *El alma y las formas/ Teoría de la novela* (pp. 337-350). Grijalbo.

- Rincón, O. (2009). Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia. *Nueva sociedad*, no. 222, pp. 147-163. <https://nuso.org/articulo/narcoestetica-y-narcocultura-en-narcolombia/>
- Santos, D., Vásquez, A., Urgelles, I. (2016). Introducción. Lo narco como modelo cultural. Una apropiación transcontinental. *Mitologías hoy*, no. 14, pp. 9-23. <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v14-santos-vasquez-urgelles2>
- Savater, F. (2008). *Ética como amor propio*. Ariel.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de sueños.
- Valencia, S. (2016). *Capitalismo Gore. Control económico, violencia y narcopoder*. Paidós.